

**BRUCE G. TRIGGER**

# **HISTORIA DEL PENSAMIENTO ARQUEOLÓGICO**

**EDITORIAL CRÍTICA  
BARCELONA**

12 copias

BC 4

## 1. LA IMPORTANCIA DE LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA

Aunque exista una industria académica principal ... que explique a los científicos sociales ... cómo pueden llegar a ser genuinos científicos, existe otra, con un potencial igual de floreciente, que establece supuestamente que el estudio del hombre y la sociedad no puede ser científico.

ERNEST GELLNER, *Relativism and the Social Sciences*, 1985, p. 120.

Desde los años cincuenta, la arqueología, especialmente en Norteamérica y Europa occidental, ha pasado de una ortodoxia histórico-cultural aparentemente complaciente a unas ambiciosas innovaciones teóricas. Estas últimas, lejos de producir el nuevo consenso esperado, han conducido al surgimiento de crecientes desacuerdos acerca de cuáles deben ser los objetivos de la disciplina y cómo debe llegarse a ellos (Dunnell, 1983, p. 535). Cada vez más, los arqueólogos, subiéndose al carro de los historiadores y los sociólogos, han ido abandonando la seguridad positivista y han empezado a abrigar algunas dudas sobre la objetividad de sus investigaciones. Consideran los factores sociales determinantes no sólo de los problemas que ellos plantean sino también de las soluciones que según su impresión se consideran convincentes. Algunas versiones extremas de este punto de vista niegan que los arqueólogos puedan ofrecer interpretaciones de los datos que sean algo más que un reflejo de los valores transitorios de las sociedades en que viven. Es más, si la arqueología no puede producir clase alguna de conocimiento acumulativo sobre el pasado ni comentarlo, aunque sea, al menos, parcialmente independiente de contextos históricos específicos, ¿qué justificación científica —como concepto opuesto a política, psicológica o estética— puede darse a la investigación arqueológica?

Este libro examina las relaciones entre la arqueología y su contexto social desde una perspectiva histórica. Este modo de abordar la cuestión proporciona un punto de vista comparativo, a partir del cual pueden tratarse problemas como la subjetividad, la objetividad y la acumulación gradual de conocimiento. En los últimos años, un número creciente de arqueólogos ha mostrado su acuerdo

con el filósofo y arqueólogo R. G. Collingwood (1939, p. 132) acerca de que «ningún problema histórico debería ser tratado sin estudiar antes ... la historia del pensamiento histórico sobre él» (Dunnell, 1984, p. 490). La investigación histórica sobre la interpretación arqueológica se ha multiplicado, y se han adoptado metodologías más sofisticadas (Trigger, 1985a). Sin embargo, este enfoque no carece de críticas. Michael Schiffer (1976, p. 193) ha afirmado que los cursos de licenciatura deberían dejar de ser «historias del pensamiento» para pasar a exponer y articular sistemáticamente teorías actuales. Su opinión encarna la idea de que la verdad o la falsedad de las formulaciones teóricas es independiente de las influencias sociales y, por lo tanto, de la historia, pero puede estar determinada por la aplicación de procedimientos de evaluación científicamente válidos a colecciones de datos suficientes. Aceptando esta idea hasta sus últimas consecuencias, resulta que la historia y la filosofía de la arqueología están totalmente desconectadas. Irónicamente, el análisis histórico proporciona un punto de vista privilegiado desde el cual se pueden evaluar los respectivos méritos de estas posiciones contrapuestas.

En los capítulos siguientes se examinarán las ideas principales que han influido en la interpretación de los datos arqueológicos, especialmente durante los últimos doscientos años. Se tratarán en detalle algunos de los factores sociales que han ayudado a construir las ideas que han estructurado este trabajo y el impacto recíproco que las interpretaciones en arqueología han provocado en otras disciplinas y en la sociedad. Para llevar esto a cabo, hay que comparar el modo en que se ha desarrollado el pensamiento arqueológico en las diferentes partes del mundo, aunque sería imposible en un único volumen examinar todas las teorías arqueológicas o cada una de las tradiciones arqueológicas regionales. A pesar de ello, espero que concentrándome en un número limitado de desarrollos significativos pueda vislumbrar los factores principales que han dado forma a la interpretación arqueológica. Siguiendo a L. R. Binford (1981), se puede distinguir entre un diálogo interno, a través del cual los arqueólogos han intentado desarrollar métodos para inferir el comportamiento humano a partir de los datos arqueológicos, y un diálogo externo, en el que utilizan estos hallazgos para referirse a problemas más generales concernientes al comportamiento y a la historia humanos. Sin afirmar que se trate de dos niveles de discusión claramente diferenciados, la dialéctica interna trata de los rasgos distintivos de la arqueología como disciplina, mientras que la externa constituye la contribución de la arqueología a las ciencias sociales. A pesar de todo, se trata de una distinción que hasta hace muy poco no estaba demasiado clara para muchos arqueólogos.

La reacción del público ante los hallazgos arqueológicos indica la necesidad de contemplar la historia de la arqueología a través de un contexto social amplio. La imagen más popular que ofrece la arqueología es la de una disciplina esotérica sin ninguna relevancia para las necesidades o inquietudes actuales. Ernest Hooton (1938, p. 218) describió en cierta ocasión a los arqueólogos como

«seniles casanovas de la ciencia que se mueven entre los montones de basura de la antigüedad». Pero el extendido interés durante casi doscientos años por todo aquello que llevaban implícito los descubrimientos arqueológicos contradice esta imagen de la arqueología. Nadie puede negar la fascinación romántica que han ejercido los hallazgos arqueológicos espectaculares, como los de Austen Layard en Nimrud o Heinrich Schliemann en Troya en el siglo XIX, y los más recientes descubrimientos de la tumba de Tutankhamon, el Palacio de Minos, el ejército de terracotas de tamaño natural del emperador chino Qin Shihuangdi y los fósiles de homínidos de hace millones de años del África Oriental. Sea como fuere, ello no explica el gran interés del público por las controversias que han rodeado la interpretación de muchos hallazgos arqueológicos rutinarios, la atención que los diversos movimientos políticos, sociales y religiosos de todo el mundo han prestado a la investigación arqueológica, y los esfuerzos de diversos regímenes totalitarios por controlar la interpretación de los datos arqueológicos. Durante la segunda mitad del siglo XIX, se acudió a la arqueología en busca del apoyo para cualquiera de las dos partes que debatían si era el evolucionismo o el libro del Génesis el que proporcionaba una respuesta más fidedigna al interrogante de los orígenes humanos. En una época tan reciente como los años setenta, un arqueólogo empleado por el gobierno se halló con serias dificultades cuando se negó a poner en duda que las ruinas de piedra de África Central hubiesen sido construidas por los ancestros de los modernos bantúes.

Que yo adopte una perspectiva histórica no significa que abogue por un estatus privilegiado con respecto a la objetividad. Las interpretaciones históricas son notoriamente subjetivas, hasta el punto de que muchos historiadores las tienen por meras expresiones de opiniones personales. También se ha reconocido que, debido a la abundancia de datos históricos, la evidencia se puede manipular para «probar» cualquier cosa. Debe haber algo de verdad en el argumento de William McNeill (1986, p. 164), cuando decía que incluso si la interpretación histórica es una forma de creación de mitos, éstos ayudan a guiar la acción pública y constituyen un sustituto humano para el instinto. Si esto es así, se deduce que los mitos están sujetos a la operación del equivalente social de la selección natural y, por tanto, pueden aproximarse más de cerca a la realidad durante largos períodos de tiempo. Esta es, sin embargo, una base endeble sobre la que cimentar nuestras esperanzas acerca de la objetividad de las interpretaciones históricas.

No pretendo que el estudio histórico presentado aquí sea más objetivo que las interpretaciones de datos arqueológicos o etnológicos que examina. Creo, sin embargo, como muchos otros que estudian la historia de la arqueología, que el enfoque histórico ofrece una posición especialmente ventajosa desde la cual poder examinar las relaciones cambiantes entre la interpretación arqueológica y su medio social y cultural. La perspectiva temporal, mejor que la filosófica o la sociológica, proporciona una base diferente para el estudio de los

vínculos entre la arqueología y la sociedad. Concretamente, permite al investigador identificar factores subjetivos mediante la observación de cómo y bajo qué circunstancias han ido variando las interpretaciones del registro arqueológico. Si bien no se eliminan los prejuicios del observador, o la posibilidad de que estos prejuicios ejerzan una influencia sobre la interpretación de los datos arqueológicos, al menos incrementa casi con absoluta seguridad las posibilidades de hacerse una idea de lo que sucedió en el pasado.

#### APROXIMACIONES A LA HISTORIA DE LA ARQUEOLOGÍA

La necesidad de un estudio más sistemático de la historia de la interpretación arqueológica viene indicada por los serios desacuerdos sobre la naturaleza y significación de esa historia. Ha existido una gran controversia sobre el papel desempeñado por la explicación en el estudio de los datos arqueológicos durante los dos últimos siglos. G. R. Willey y J. A. Sabloff organizaron su *History of American Archaeology* (1974, 1980) basándose en cuatro períodos sucesivos: especulativo, clasificatorio-descriptivo, clasificatorio-histórico y explicativo, fijando el comienzo de este último en 1960. Este esquema implica que la arqueología ha experimentado en el hemisferio occidental una larga gestación durante la cual han predominado más los objetivos descriptivo y clasificatorio, que el desarrollo de teorías significativas que explicaran los datos. Pero, como el historiador británico E. H. Carr (1967, pp. 3-35) nos ha recordado, la mera caracterización de datos como relevantes o irrelevantes, cosa que ocurre incluso en los estudios históricos más descriptivos, implica la existencia de algún tipo de marco teórico. Yendo más lejos, podría sostenerse, en oposición a la idea de un lenguaje observacional neutro, que ni siquiera el más simple de los hechos puede constituirse independientemente de un contexto teórico (Wylie, 1982, p. 42). En el pasado, la mayoría de estos marcos teóricos no eran formulados explícita o incluso conscientemente por los arqueólogos. Hoy día, sin embargo, especialmente en la arqueología norteamericana, se elaboran sistemáticamente numerosas propuestas teóricas, aunque seguramente es erróneo restringir el estatus de teoría a las tímidas formulaciones de las recientes décadas. Además, un examen más en profundidad de la historia de la interpretación arqueológica sugiere que las primeras teorías no siempre eran tan implícitas o inconexas como normalmente se ha venido creyendo.

Otros aceptan que en el pasado los arqueólogos emplearon teorías, pero mantienen que no ha sido hasta épocas recientes cuando este proceso ha adquirido la consistencia necesaria para que estas teorías constituyan lo que Thomas Kuhn ha llamado un paradigma de investigación. Kuhn (1970, p. 10) ha definido un paradigma como un canon aceptado de práctica científica, incluyendo leyes, teoría, aplicaciones e instrumentación, que proporciona un modelo para una «tradición coherente y particular de investigación científica». Mantiene esta tra-

dición una «comunidad científica» y es propagada en revistas y libros de texto controlados por esa comunidad. D. L. Clarke (1968, p. xiii) describió la arqueología como una «indisciplinada disciplina empírica» y sugirió que su desarrollo teórico, al menos hasta tiempos recientes, debe considerarse en un estado preparadigmático. Hasta la década de los sesenta, la teoría arqueológica no fue más que un «legajo de subteorías insuficientes y desconectadas», que todavía no se habían estructurado según un sistema global. También indicó que sólo aquellas propuestas reconocidas internacionalmente pueden calificarse como paradigmas (*ibid.*, pp. 153-155). Detalló que los estudios de las primeras fases del desarrollo de la arqueología están revelando formulaciones mucho más globales e internamente consistentes de lo que hasta ahora se creía. Esto es especialmente cierto para los estudios que respetan la integridad del pasado y juzgan el trabajo hecho según las ideas del período y no a través de modelos modernos (Meltzer, 1983; Grayson, 1983, 1986).

Algunos arqueólogos combinan la idea de Kuhn sobre las revoluciones científicas con una visión evolucionista del desarrollo de su disciplina. Mantienen que las fases sucesivas del desarrollo de la teoría arqueológica poseen una consistencia interna suficiente como para ser calificadas de paradigmas y que la sustitución de un paradigma por otro constituye una revolución científica (Sterud, 1973). Según esta visión, sucesivos innovadores como Christian Thomsen, Oscar Montelius, Gordon Childe y Lewis Binford detectaron graves anomalías y deficiencias en las interpretaciones convencionales de los datos arqueológicos y dieron forma a nuevos paradigmas que cambiaron significativamente la dirección de la investigación arqueológica. Estos paradigmas no sólo alteraron el significado que se le otorgaba a los datos arqueológicos, sino que también determinaron qué tipo de problemas se consideraban o no importantes.

Con todo, los arqueólogos no están de acuerdo sobre la secuencia real de los paradigmas principales que se supone han caracterizado el desarrollo de la arqueología (Schwartz, 1967; ensayos en Fitting, 1973). Esto podría reflejar parcialmente una falta de claridad en la concepción Kuhn de un paradigma (Meltzer, 1979). Algunas críticas han dado por sentado que una disciplina debe caracterizarse simultáneamente por varios tipos de paradigmas funcionalmente diferentes. Éstos pueden estar relacionados libremente y alterarse a diferentes ritmos para producir un modelo general de cambio, que será más gradual que brusco. Margaret Masterman (1970) ha diferenciado tres tipos principales de paradigmas: el metafísico, relativo a la visión del mundo que tiene un grupo de científicos; el sociológico, que define lo que está aceptado; y el constructivo, que provee de instrumentos y métodos para solventar los problemas. Ninguno de estos tipos constituye por sí solo «el» paradigma de una era en particular. A Kuhn también se le ha acusado de desatender la importancia de la competición y la movilidad entre «escuelas» rivales para efectuar cambios en la disciplina (Barnes, 1974, p. 95). También podría ser que, debido a la complejidad de su materia, las ciencias sociales tengan más escuelas y paradigmas en com-

petición que las ciencias naturales y quizás debido a ello los paradigmas individuales tienden a coexistir y sustituirse uno por otro con bastante lentitud (Binford y Sabloff, 1982).

Una visión alternativa, más próxima a la de los críticos de Kuhn y a la tesis de Stephen Toulmin (1970), según la cual las ciencias no experimentan revoluciones sino cambios graduales o progresiones, sostiene que la historia de la arqueología ha implicado desde sus inicios hasta la actualidad un crecimiento acumulativo de conocimiento sobre el pasado (Casson, 1939; Heizer, 1962a; Willey y Sabloff, 1974; Meltzer, 1979). Se mantiene que, a pesar de que algunas fases dentro del desarrollo de la arqueología puedan ser delineadas arbitrariamente, la arqueología cambia de una manera gradual, sin cortes radicales ni transformaciones súbitas (Daniel, 1975, pp. 374-376). Algunos arqueólogos ven el desarrollo de su disciplina siguiendo un curso unilineal e inevitable. La base de datos se considera continuamente en expansión y las nuevas interpretaciones son tratadas como la elaboración, refinado y modificación gradual de un corpus de teoría existente. Con todo, esta visión no tiene en cuenta que los arqueólogos fracasan a menudo al desarrollar sus ideas de una manera sistemática. Por ejemplo, mientras que los naturalistas del siglo XIX que poseían inquietudes arqueológicas, como Japetus Streenstrup (Morlot, 1861, p. 300) y William Buckland (Dawkins, 1874, pp. 281-284), llevaban a cabo experimentos para determinar cómo los restos de fauna se introducían en los yacimientos, las investigaciones de este tipo no se hicieron rutinarias en arqueología hasta los años setenta (Binford, 1977, 1981).

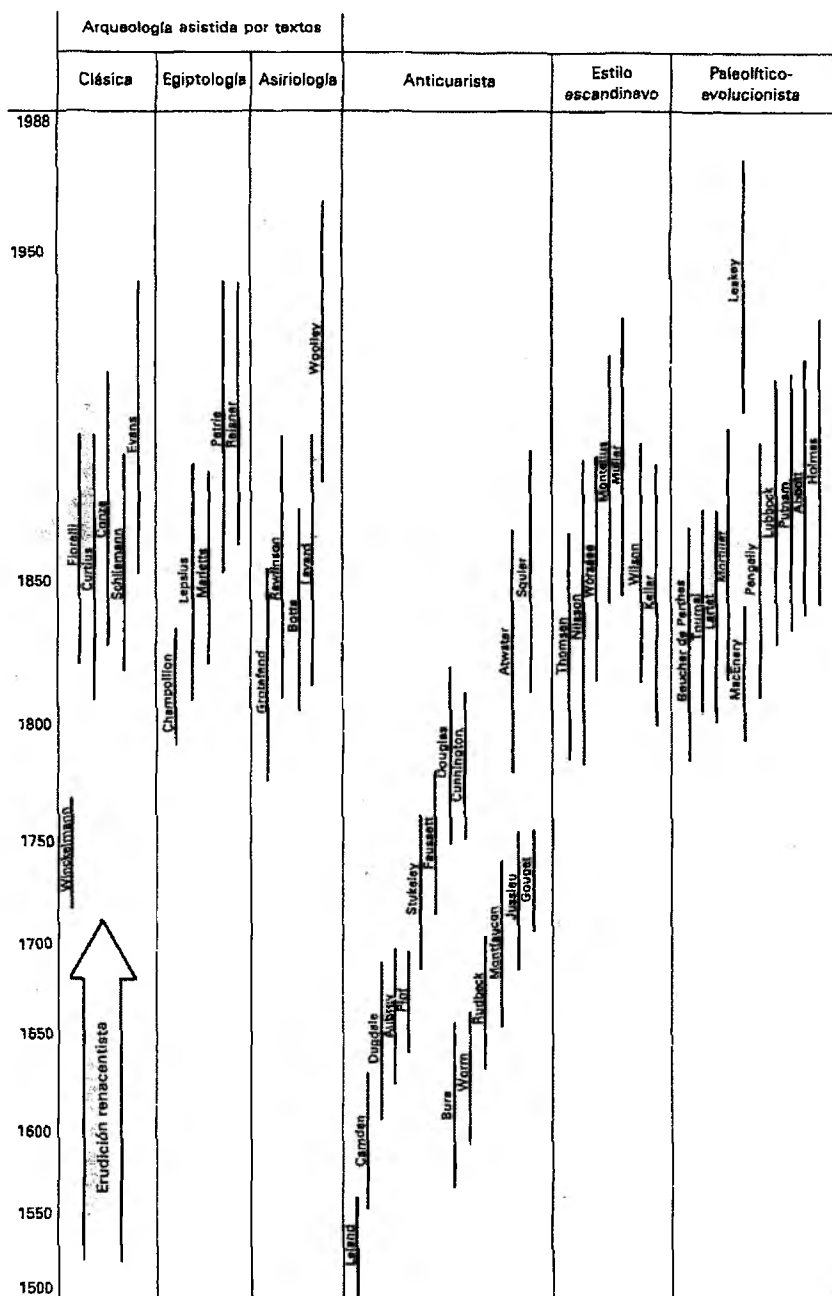
Una tercera vía trata el desarrollo de la teoría arqueológica como un proceso que no es lineal y raramente predecible. Los cambios se consideran provocados no tanto por los nuevos datos arqueológicos sino más bien por las nuevas ideas sobre el comportamiento humano que se han formulado en las ciencias sociales y que pueden estar reflejando valores sociales que muestran fluctuaciones en la popularidad. De resultas de ello, la interpretación arqueológica no cambia de una manera lineal, en que los datos van siendo interpretados cada vez más global y satisfactoriamente. Al contrario, las percepciones cambiantes del comportamiento humano pueden alterar radicalmente las interpretaciones arqueológicas, descubriendo información que previamente parecía de relativo poco interés (Piggott, 1950, 1968, 1976; Daniel, 1950; Hunter, 1975). Este punto de vista concuerda con la observación de Kuhn (1970, p. 103) acerca de que los paradigmas cambiantes no sólo seleccionan nuevas cuestiones por su importancia, sino que también desvían la atención de aquellos problemas que de otra manera podrían haberse tenido como merecedores de un estudio más profundo. Esta postura, al contrario que las evolucionistas, pone en entredicho que la mayoría de los cambios que se producen en la orientación teórica motiven el movimiento hacia adelante de la investigación arqueológica.

Algunos arqueólogos dudan de que los intereses y los conceptos de su disciplina cambien significativamente de un período a otro. Bryony Orme (1973,

p. 490) mantiene que las interpretaciones arqueológicas que se ofrecían en el pasado eran más parecidas a las del presente de lo que comúnmente se cree y que las preocupaciones arqueológicas han cambiado poco. Muchas ideas que parecen nacidas de la modernidad han demostrado poseer una remarcable antigüedad. Los arqueólogos ya argüían que las crecientes densidades de población condujeron a la adopción de formas de producción de alimentos intensivas, mucho antes de que ellos redescubrieran esta idea en el trabajo de Ester Boserup (Smith y Young, 1972). En una época tan temprana como 1673, el estadista británico William Temple ya había enunciado esta teoría en sus observaciones sobre las altas densidades de población, elemento que forzaba a la gente a trabajar más (Slotkin, 1965, pp. 110-111). En 1843, el arqueólogo sueco Sven Nilsson (1868, p. LXVII) adujo que el crecimiento de la población había provocado el cambio del pastoralismo a la agricultura en la Escandinavia prehistórica. Este concepto también estaba implícito en la teoría del «oasis» sobre el origen de la producción de alimentos expuesta por Raphael Pumpelly (1908, pp. 65-66) y adoptada por Harold Peake y H. J. Fleure (1927) y por Gordon Childe (1928). Estos investigadores proponían que la desecación posglacial del Próximo Oriente había obligado a la gente a arracimarse alrededor de los puntos de agua, y a partir de ahí tuvieron que innovar para poder alimentar poblaciones cada vez más densas. Sea como fuere, aunque las ideas persistan y se repitan a lo largo de la historia de la arqueología, esto no quiere decir que no haya novedades con respecto a la interpretación de los datos arqueológicos. Estas ideas deben ser examinadas en relación a los diferentes marcos conceptuales de los que formaron parte en cada período. Es precisamente a partir de estos marcos que los conceptos adquieren su significado dentro de la disciplina, de manera que si los marcos conceptuales cambian, sus significados también varían. El hecho de conceder excesiva importancia a ideas particulares sin prestar la debida atención al contexto cambiante en el que se inscriben puede conducir a los arqueólogos a subestimar la cantidad de cambios significativos que han caracterizado el desarrollo de la interpretación arqueológica.

Muchos arqueólogos advierten que una de las principales características de la interpretación arqueológica ha sido su diversidad regional. David Clarke (1979, pp. 28, 84) y Leo Klejn (1977) han tratado la historia de la arqueología cada uno según su escuela regional. Clarke mantenía que hasta hace muy poco la arqueología estaba formada por una serie de tradiciones divergentes, cada una con un conjunto apreciable de teoría y formas de descripción, interpretación y explicación favoritas. Está claro que siempre han existido, y aún existen, tradiciones regionales en la interpretación arqueológica (Daniel, 1981b; Evans *et al.*, 1981, pp. 11-70; Trigger y Glover, 1981-1982). Lo que todavía no ha sido bien estudiado es la naturaleza de sus divergencias. ¿Hasta qué punto representan diferencias irreconciliables en la comprensión del comportamiento humano, o diferencias en las cuestiones que se formulan?, ¿o bien se trata de las mis-





1. Los movimientos más importantes en arqueología, y algunas figuras principales asociadas a ellos.

## Arqueología prehistórica

Histórico-cultural	Funcionalista	Procesual	Posprocesual
Kossina Chert (1) Whistler Hixson Folsom E. Thompson Kidder Nelson J.A. Ford Strong Griffin L.J. Burdell Crawford Fox Childs (2) Randonilias Tallgren Clark Higgs W. Taylor Bridgwood Wiley MacNeish Caldwell R. M. Adams Binford Claria Flannery Schiffer Redman Dunnell Sanders Watson Isaac	Hodder Lyons Lérot-Gourhan		

mas ideas básicas que se estudian bajo la capa de diferentes terminologías? Las diferencias culturales son importantes. Con todo, si se realiza una inspección más detenida, la mayoría de las interpretaciones de arqueólogos que trabajan dentro de diferentes tradiciones nacionales pueden ser agrupadas en un número limitado de orientaciones generales. En total, yo he identificado tres tipos: colonialista, nacionalista e imperialista o de visión mundial (Trigger, 1984a). Éstas se han reproducido en la arqueología de países geográficamente remotos, y la arqueología de una nación en particular puede cambiar de un tipo a otro según sus circunstancias políticas. Estas aproximaciones a la interpretación arqueológica se examinarán en detalle en posteriores capítulos.

A pesar de todo, los estudios sobre tradiciones regionales, con pocas y notables excepciones (Bernal, 1980; Chakrabarti, 1982) no han conseguido documentar el vasto intercambio intelectual que ha caracterizado el desarrollo de la arqueología en todo el mundo durante los siglos XIX y XX. Este tema viene drásticamente ilustrado por los estudios primigenios sobre los concheros. Los informes sobre los estudios pioneros de los investigadores daneses, que empezaron a trabajar en 1840, estimularon un gran número de proyectos en concheros de todo el Atlántico, y posteriormente en la costa oeste de Norteamérica, en la segunda mitad del siglo XIX (Trigger, 1986a). Cuando el zoólogo norteamericano Edward Morse fue a Japón como profesor, después de analizar el material de los concheros de toda la costa del estado de Maine para el arqueólogo de la Universidad de Harvard, Jeffries Wyman, se dedicó a descubrir y excavar en 1877 un gran depósito mesolítico de conchas en Omori, cerca de Tokio. Algunos de sus estudiantes de zoología excavaron por su cuenta otro conchero, poco antes de que algunos arqueólogos japoneses que habían estudiado en Europa estableciesen profesionalmente las bases del estudio de la cultura mesolítica de Jomon (Ikawa-Smith, 1982). Los estudios escandinavos también estimularon la incipiente investigación sobre los concheros en Brasil (Ihering, 1895) y en el sureste asiático (Earl, 1863). Incluso las ideológicamente opuestas tradiciones arqueológicas de la Europa occidental y la Unión Soviética se han influido mutuamente de manera significativa, a pesar de todas las décadas en que cualquier contacto científico era muy difícil e incluso peligroso. Por todas estas razones parece poco sabio sobreestimar la independencia o la especificidad teórica de estas arqueologías regionales.

Se ha prestado menos atención al efecto que ha tenido dentro de la arqueología la especialización disciplinaria por lo que respecta a la interpretación de los datos arqueológicos (Rouse, 1972, pp. 1-25). En estas líneas encontraremos igualmente diferentes orientaciones en este sentido, tantas como en las tradiciones regionales. La arqueología clásica, la egiptología y la asiriología han estado fuertemente comprometidas con el estudio de la epigrafía o de la historia del arte dentro de un marco histórico (Bietak, 1979). La arqueología medieval se ha desarrollado como una línea de investigación de los restos materiales que complementa el estudio basado en la documentación escrita (M. Thompson,

1967; D. M. Wilson, 1976; Barley, 1977). La arqueología paleolítica se ha desarrollado paralelamente a la geología histórica y a la paleontología, disciplinas con las que ha mantenido y mantiene estrechos vínculos, mientras que el estudio de períodos prehistóricos posteriores combina los datos aportados por los hallazgos arqueológicos con otra serie de fuentes, que incluyen la lingüística, el folklore, la antropología física y la etnología comparada (D. McCall, 1964; Trigger, 1968a; Jennings, 1979). Así, varios de estos tipos de arqueología se han desarrollado en un considerable aislamiento intelectual durante muchos períodos, habiendo sido encasillados como resultado de la balcanización de sus respectivas jergas y porque las conexiones históricas, la interacción esporádica y los intereses metodológicos comunes han sido suficientes para que todas ellas pudieran seguir compartiendo numerosos conceptos interpretativos.

En un esfuerzo por evitar, al menos, algunos de los problemas subrayados hasta ahora, el presente estudio no tratará las diversas tendencias de interpretación arqueológica desde una perspectiva específicamente cronológica, geográfica o subdisciplinaria (Schuyler, 1971); al contrario, intentará investigar una serie de orientaciones interpretativas en el orden más o menos cronológico en el que se originaron. Estas tendencias con frecuencia se imbricaron e influenciaron temporal y geográficamente. El trabajo de muchos arqueólogos refleja a veces varias de ellas, ya sea en combinación o en diferentes momentos de sus carreras. Este punto de vista permite un estudio histórico que tenga en cuenta el estilo mudable de la interpretación arqueológica, el cual no puede encasillarse en compartimentos cronológicos o geográficos claramente definidos, pero pueden reflejar innovaciones que, a modo de onda expansiva, han transformado la arqueología.

## EL ENTORNO DE LA ARQUEOLOGÍA

Nadie niega que la investigación arqueológica está influida por diferentes tipos de factores. En el presente, el más controvertido es el contexto social en el que los arqueólogos viven y trabajan. Muy pocos arqueólogos, incluyendo aquellos que se inclinan por el positivismo en la investigación arqueológica, negarían que las cuestiones que los arqueólogos se plantean están influidas al menos hasta cierto punto por este medio. Así, los positivistas mantienen que, siempre que los datos disponibles sean los adecuados y sean analizados según los métodos científicos convenientes, la validez de las conclusiones resultantes es independiente de los prejuicios o creencias del investigador. Debido al objeto de su disciplina, es decir, hallazgos del pasado que consciente o inconscientemente se cree que pueden tener implicaciones sobre el presente o sobre la naturaleza humana en general, otros arqueólogos creen que las condiciones sociales cambiantes modifican no sólo las preguntas que los arqueólogos formulan sino también las respuestas que están dispuestos a considerar aceptables.

David Clarke (1979, p. 85) tenía en la mente estos factores externos cuando describió la arqueología como un sistema adaptativo «relacionado internamente con su contenido cambiante y externamente con el espíritu de los tiempos». En alguna otra parte escribió: «A través de exponernos a la vida en general, a los procesos educacionales y a los sistemas cambiantes de pensamiento contemporáneo, adquirimos una filosofía general y una filosofía arqueológica particular —un sistema de creencias, conceptos, valores y principios, reales y metafísicos, en parte consciente y en parte inconsciente» (*ibid.*, p. 25). Antes, Collingwood (1939, p. 114) había observado que cada problema arqueológico «en el fondo siempre surge de la vida “real” ... estudiamos historia para poder investigar la situación en la que estamos llamados a actuar».

En años más recientes, la arqueología ha estado fuertemente influida por los ataques que los relativistas han vertido sobre el concepto de ciencia como una empresa racional u objetiva. Estos ataques hunden sus raíces en el antipositivismo de la Escuela paramarxista de Frankfurt, tal como se nos presenta recientemente a través de los escritos de Jürgen Habermas (1971) y Herbert Marcuse (1964). Estos investigadores ponen de relieve que las condiciones sociales influyen no sólo el criterio de selección de datos, sino también la manera en que son interpretados (Kolakowski, 1978c, pp. 341-395). Sus puntos de vista se han visto reforzados por el concepto paradigmático de Kuhn, por las argumentaciones del sociólogo Barry Barnes (1974, 1977) acerca de que el conocimiento científico no se diferencia de ninguna otra forma de creencia cultural, y por las inquietudes anarquistas del filósofo de la ciencia norteamericano Paul Feyerabend (1975) respecto a que la ciencia no puede encadenarse a reglas rígidas porque no existen criterios objetivos para la evaluación de teorías y que las preferencias personales y los gustos estéticos deberían ser tenidos en cuenta a la hora de evaluar teorías rivales. Ideas de este tipo han despertado una polémica considerable en los últimos años entre los arqueólogos críticos del estilo personal, sobre todo en Gran Bretaña y los Estados Unidos. Mientras que unos dicen que a largo plazo una mayor conciencia sobre prejuicios sociales repercutirá en aras de la objetividad (Leone, 1982), otros mantienen que incluso los datos arqueológicos básicos son construcciones mentales y por tanto no son independientes del medio social en el que se utilizan (Gallay, 1986, pp. 55-61). Las formulaciones más extremas ignoran los argumentos de Habermas y Barnes sobre que «el conocimiento surge de nuestros encuentros con la realidad y está continuamente sujeto a una retroalimentación correctiva en cada uno de estos encuentros» (Barnes, 1977, p. 10). Al contrario, aquéllas concluyen que las interpretaciones arqueológicas están totalmente determinadas por sus contextos sociales más que por cualquier evidencia objetiva. Así, las afirmaciones sobre el pasado no pueden ser evaluadas por otros criterios que no sean la coherencia interna de todo estudio particular, «el cual podrá ser sólo criticado en términos de relaciones conceptuales internas y no a través de modelos impuestos desde fuera o criterios para “medir” o “determinar” la verdad o la

falsedad» (Miller y Tilley, 1984, p. 151). Un amplio espectro de alternativas se vergue entre los arqueólogos hiperpositivistas, quienes creen que solamente la calidad de los datos arqueológicos y de las técnicas analíticas determina el valor de las interpretaciones arqueológicas, y los hiperrelativistas, inclinados a no otorgar ningún rol a los datos arqueológicos, explicando las interpretaciones arqueológicas exclusivamente en términos de las lealtades sociales y culturales del investigador.

Aunque la influencia ejercida sobre la interpretación arqueológica es potencialmente muy diversa, el desarrollo de la arqueología se ha correspondido en el tiempo con la llegada al poder de las clases medias en la sociedad occidental. A pesar de que muchos de los primeros mecenas de la arqueología clásica pertenecían a la aristocracia, desde Ciriaco de Pizziccolli en el siglo xv los arqueólogos han sido predominantemente gente de clase media: funcionarios, clérigos, mercaderes, hacendados rurales y, con una profesionalización creciente, profesores de universidad. Además, gran parte del interés público provocado por los hallazgos arqueológicos se ha localizado en las educadas clases medias, incluyendo a veces líderes políticos. Todas las ramas de la investigación científica que se han desarrollado desde el siglo xvii han seguido el mismo esquema bajo los auspicios de la clase media. Sea como fuere, la arqueología y la historia son ya disciplinas formadas y maduras y sus descubrimientos tienen mucho que ver con la naturaleza humana y con el por qué las sociedades modernas han llegado a ser tal como son (Levine, 1986). Esta relevancia tan transparente en los asuntos sociales, económicos y políticos hace que las relaciones entre la arqueología y la sociedad sean especialmente complejas y de una gran importancia. Por tanto, parece razonable examinar la arqueología como una expresión de la ideología de las clases medias y tratar de descubrir hasta qué punto los cambios producidos en la interpretación arqueológica reflejan los vaivenes de la fortuna en ese grupo.

Esto no quiere decir que las clases medias sean un fenómeno unitario. La burguesía del Antiguo Régimen, compuesta en su mayor parte por clérigos, profesionales y administradores reales, se debe considerar como algo diferente de la burguesía capitalista de la Revolución industrial (Darnton, 1984, p. 113). Los intereses y el grado de desarrollo de las clases medias varían también en gran medida según los países. En cada uno de ellos, las clases medias están divididas en varios estratos y en cada uno de ellos encontraremos individuos con preferencias más o menos radicales o conservadoras. También es evidente que la arqueología se asocia sólo a una parte de la clase media, la compuesta mayormente por profesionales, esto es, la inclinada a la investigación, e interesada por ella (Kristiansen, 1981; Levine, 1986).

Las relaciones entre intereses e ideas están mediatizadas contextualmente por un gran número de factores. Los arqueólogos, por tanto, no pueden pretender establecer una correspondencia estricta entre interpretaciones arqueológicas específicas e intereses particulares de clase. Por el contrario, deben anali-

zar las ideas que influyen en las interpretaciones arqueológicas como instrumentos con los que los grupos sociales buscan la consecución de los objetivos en situaciones particulares. Entre estos objetivos está el de aumentar la confianza del grupo en sí mismo tratando de aparentar que su éxito es algo natural, predestinado e inevitable; inspirar y justificar la acción colectiva, y disfrazar de altruismo el interés común (Barnes, 1974, p. 16); y en resumen, proveer a los grupos y a las sociedades enteras de una cobertura mítica (McNeill, 1986). Sin negar la significación de los rasgos psicológicos individuales y las tradiciones culturales, las relaciones entre arqueología y las clases medias arrojan un intenso foco de luz para el examen de las relaciones entre arqueología y sociedad.

La mayoría de arqueólogos profesionales también creen que su disciplina ha sufrido una influencia significativa de otros numerosos factores externos e internos. Todos ellos, excepto los relativistas más radicales, están de acuerdo en que uno de estos factores es el conjunto de datos arqueológicos. Los datos arqueológicos se han ido acumulando de manera continuada a lo largo de varios siglos y nuevos datos se utilizan tradicionalmente como prueba para confirmar interpretaciones tempranas. Así, qué datos se recogen y con qué métodos dependen en cada arqueólogo según el sentido de qué es o no importante, cosa que se deriva de sus presupuestos teóricos y los refleja. Esto crea una relación recíproca entre la recolección y la interpretación de los datos que las deja a ambas abiertas a las influencias sociales. Además, los datos recogidos en el pasado son a menudo insuficientes o inapropiados para solventar el tipo de problemas que se consideran importantes en el presente. Esto no es así simplemente porque los arqueólogos no estuviesen familiarizados con técnicas que adquirieron importancia en un tiempo posterior y por tanto no se preocupasen, por ejemplo, de guardar el carbón para la datación radiocarbónica o muestras de tierra para el análisis de los fitolitos, cosa que produce grandes lagunas en la documentación. Las nuevas perspectivas abren con frecuencia nuevos caminos de investigación. Por ejemplo, el interés de Grahame Clark (1954) por la economía del período mesolítico le llevó a plantearse interrogantes que no podían contestarse con los datos recogidos cuando el principal interés de los estudios mesolíticos era tipológico (Clark, 1932). De la misma manera, el desarrollo del interés por los patrones de asentamiento revolucionó la prospección de yacimientos arqueológicos (Willey, 1953) y dio un mayor impulso al registro y análisis de las distribuciones *intrasite* de rasgos y artefactos (Millon *et al.*, 1973). Por tanto, aunque en arqueología los datos se van recogiendo de manera continuada, los resultados no son necesariamente acumulativos, como muchos arqueólogos creen. Así, parece que con frecuencia los arqueólogos prefieren partir más bien de las conclusiones que sus predecesores extrajeron sobre el pasado que de la evidencia en la que se basaban tales conclusiones.

Las investigaciones arqueológicas también están influidas por los recursos que se destinan a ellas, por el contexto institucional en el cual se inscriben y por el tipo de investigación que las sociedades o gobiernos están dispuestos a

apoyar y realizar. Para obtener apoyo, los arqueólogos han de recurrir a patrocinadores, sean éstos ricos mecenas (Hinsley, 1985), colegas o políticos que manejan los fondos públicos (Patterson, 1986a), o al público en general. También se encontrarán con ciertas restricciones cuando se propongan excavar cierto tipo de yacimientos, como en cementerios o lugares religiosos (Rosen, 1980). Habrá ocasiones en que los arqueólogos se sientan forzados a llegar a unas determinadas conclusiones.

Hasta el siglo xx, pocos eran los arqueólogos que se educaban en la disciplina. Por el contrario, la mayoría aportaba una gran variedad de aptitudes y enfoques procedentes de diferentes campos y actividades. Todos ellos estaban bien instruidos en los períodos bíblico y clásico especialmente. Los principios básicos derivados de un amplio interés por la numismática jugaron un papel importante en el desarrollo de la tipología y la seriación llevada a cabo por Christian Thomsen, John Evans y otros arqueólogos pioneros (McKay, 1976). En el siglo xix, un número cada vez más creciente de estudiosos de la arqueología se educaba en ciencias físicas y biológicas. Hasta la actualidad se ha venido haciendo notar la diferencia significativa en el trabajo realizado por un arqueólogo procedente de las humanidades y otro procedente de las ciencias naturales (Chapman, 1979, p. 121). Más recientemente, un gran número de arqueólogos prehistoriadores se ha venido educando en los departamentos de historia o antropología, dependiendo de las preferencias locales. El papel desempeñado por profesores particularmente agraciados por el éxito o arqueólogos carismáticos es también significativo, como ejemplos nacionales e internacionales a seguir. Los jóvenes arqueólogos intentan iniciar nuevas direcciones y técnicas nuevas de interpretación y análisis con tal de labrarse ellos mismos su reputación. Este fenómeno acostumbra a suceder durante aquellos períodos en que se produce una rápida expansión y una ampliación del espectro de oportunidades laborales.

La interpretación arqueológica también se ha visto influida por desarrollos en las ciencias físicas y biológicas. Hasta décadas recientes, cuando la colaboración en la investigación que unía a arqueólogos y científicos procedentes de las ciencias naturales era habitual, con raras excepciones el flujo de información entre ambas disciplinas era unidireccional, siendo los arqueólogos los receptores. Por tanto, la investigación en las ciencias naturales sólo se relacionaba de manera fortuita con las necesidades de los arqueólogos, a pesar de que de vez en cuando se realizaban descubrimientos de excepcional importancia para la arqueología. El desarrollo de la datación radiocarbónica y otras técnicas de datación geocronométricas después de la Segunda Guerra Mundial proporcionó por vez primera a los arqueólogos una cronología de aplicación universal, y otra que permitía determinar la duración y el orden relativo de las manifestaciones arqueológicas. El análisis del polen nos ha provisto de valiosas perspectivas de investigación de los cambios climáticos y ambientales en la prehistoria, mientras que el análisis de elementos-traza ha añadido una dimensión importante al estudio del movimiento en la prehistoria de ciertas clases de ítems. Las



innovaciones derivadas de las ciencias físicas y biológicas se han incorporado a la investigación arqueológica en todo el mundo con rapidez y poca oposición. El principal obstáculo para su propagación es la falta de fondos y personal científico entrenado en los países pequeños y pobres, factor que probablemente crea más disparidad que ningún otro entre las arqueologías de los países con muchos o pocos recursos. Incluso ahora, cuando se lleva a cabo un gran volumen de investigación física y biológica dedicada específicamente a solventar problemas arqueológicos, los descubrimientos en este sentido son los que menos influencia tienen en la interpretación arqueológica.

La proliferación de formas electrónicas de procesamiento de los datos ha revolucionado el análisis arqueológico en la misma medida que en su tiempo hizo la datación radiocarbónica. Hoy día es posible correlacionar de manera rutinaria grandes cantidades de datos, cosa que en el pasado sólo un arqueólogo excepcional como W. M. F. Petrie fue capaz de hacer (Kendall, 1969, 1971). Esto permite a los arqueólogos utilizar los abundantes datos a su disposición para hacer estudios más detallados del registro arqueológico y para poner a prueba hipótesis más complejas (Hodson *et al.*, 1971; Doran y Hodson, 1975; Hodder, 1978; Orton, 1980; Sabloff, 1981). Algunas aplicaciones matemáticas han dado origen a nuevas orientaciones teóricas. La teoría general de sistemas (Flannery, 1968; Steiger, 1971; Laszlo, 1972a; Berlinski, 1976) y la teoría catastrofista (Thom, 1975; Renfrew, 1978; Renfrew y Cooke, 1979; Saunders, 1980) no son otra cosa que enfoques matemáticos en el estudio del cambio, a pesar de que sus aspectos más estrictamente matemáticos no se pongan tanto de relieve como los conceptos que realmente interesan a los problemas arqueológicos.

La interpretación de los datos arqueológicos ha recibido también una considerable influencia de las diferentes teorías sobre el comportamiento humano expuestas por las ciencias sociales. Pero han sido especialmente los conceptos derivados de la etnología y la historia los que han mantenido con la arqueología los lazos más estrechos. También los conceptos teóricos procedentes de la geografía, la sociología, la economía y las ciencias políticas han tenido influjo sobre la arqueología, ya sea directamente o a través de la historia y la antropología. Así, normalmente es muy difícil diferenciar las influencias que han tenido las ciencias sociales sobre la arqueología de las propias influencias sociales, ya que estas disciplinas han sido modeladas por los mismos movimientos sociales que han influido en la arqueología.

La interpretación de los datos arqueológicos recibe igualmente el influjo de las creencias sobre el pasado que la misma arqueología ha establecido. Ocurre con frecuencia que algunas ideas interpretativas sobre el pasado, en vez de ser puestas en tela de juicio, sirven para apoyar, sin pasar por ninguna revisión crítica, los nuevos enfoques, incluso si tales interpretaciones fueron formuladas de acuerdo con un punto de vista que ya no se acepta. Por ejemplo, R. S. MacNeish (1952) utilizó las seriaciones cerámicas para demostrar que el desarrollo local explicaba mejor que las migraciones el origen de las culturas iroquesas

en el este de Norteamérica, aunque continuaba aceptando el argumento de las migraciones a pequeña escala para explicar el origen de pequeños grupos específicos. Pero como otros arqueólogos habían hecho, cometió el error de olvidar que estas micromigraciones no estaban basadas en datos arqueológicos, sino que procedían de una gran teorización migratoria a gran escala que el mismo MacNeish había puesto en tela de juicio. De esta manera, puntos de vista específicos sobre el pasado pueden influir en la interpretación arqueológica mucho después que el razonamiento que llevó a su formulación haya sido rechazado y abandonado (Trigger, 1978b).

## LA INTERPRETACIÓN ARQUEOLÓGICA

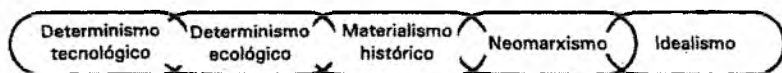
La arqueología es una ciencia social en el sentido que intenta explicar qué les sucedió en el pasado a unos grupos específicos de seres humanos y generalizar los procesos de cambio cultural. A diferencia de los etnólogos, geógrafos, sociólogos, estudiosos de la política y economistas, los arqueólogos no pueden observar el comportamiento de la gente a la que estudian y, a diferencia de los historiadores, muchos de ellos no tienen acceso directo al pensamiento de esta gente a través de sus fuentes escritas. En su lugar, los arqueólogos deben inferir el comportamiento y las ideas humanas a partir de los restos materiales de todo aquello que los humanos han creado y utilizado y a partir del impacto medioambiental de sus actuaciones. La interpretación de los datos arqueológicos depende de la comprensión del comportamiento presente de los humanos y particularmente de cómo este comportamiento se refleja en la cultura material. Los arqueólogos igualmente deben acudir a principios uniformes que les permitan la utilización de los modernos procesos geológicos y biológicos para inferir cómo tales procesos han ayudado a completar el registro arqueológico. Con todo, están lejos de ponerse de acuerdo en cómo estos conocimientos deben ser aplicados de una manera legítima y global que permita la comprensión del comportamiento humano pasado a través de sus datos (Binford, 1967a, 1981; Gibbon, 1984; Galloway, 1986).

Los arqueólogos han empezado a seguir el ejemplo de los filósofos de la ciencia (Nagel, 1961) y de otras disciplinas que integran las ciencias sociales al clasificar sus teorías o generalizaciones en categorías altas, medias o bajas (Klejn, 1977; Raab y Goodyear, 1984). Este esquema facilita un conocimiento más sistemático de la naturaleza de la teoría arqueológica y de los procesos de razonamiento que caracterizan la disciplina.

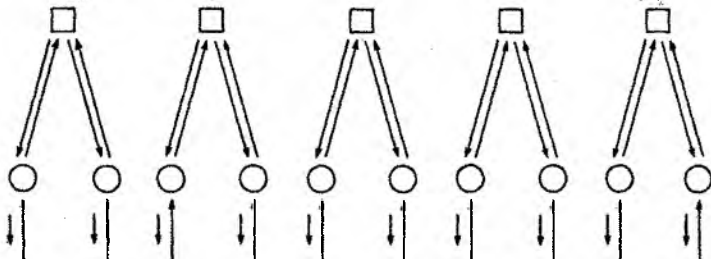
Las teorías de nivel bajo han sido descritas como investigaciones empíricas con generalizaciones (Klejn, 1977, p. 2). Estas parecen ser equiparables a las leyes experimentales de Ernest Nagel (1961, pp. 79-105), el cual pone el ejemplo de que todas las ballenas hembra amamantan a sus crías. Tales generalizaciones se basan normalmente en regularidades que se han venido observando repeti-

## Niveles de teoría

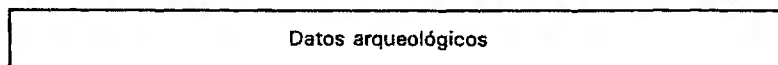
Alto



Medio



Bajo



↓ Coherencia  
lógica

Correspondencia  
factual

(la longitud de la flecha indica la  
importancia relativa de la relación)

## 2. Las relaciones entre niveles de generalizaciones.

damente y que pueden ser refutadas por la observación de casos contrarios. La gran mayoría de generalizaciones sobre las que se basan las interpretaciones arqueológicas posteriores son generalizaciones empíricas de este tipo. En ellas se incluye una gran parte de las clasificaciones tipológicas de artefactos, la identificación de culturas arqueológicas específicas, las demostraciones basadas en la estratificación, seriación o datación radiocarbónica sobre la fecha relativa de cualquier manifestación arqueológica, y la observación, por ejemplo, de que en una cultura determinada todos los individuos se entierran en una posición particular acompañados de un tipo específico de artefactos. Estas generalizaciones se basan en la observación de que algunos tipos de artefactos o atributos específicos se manifiestan repetidamente asociados, coincidiendo con una localidad geográfica, una fecha o un período determinado. Las dimensiones en las que se mueven estas generalizaciones son las clásicas de espacio, tiempo y forma (Spaulding, 1960; Gardin, 1980, pp. 62-97). Los arqueólogos también suponen que unos tipos específicos de puntas de proyectil sirviesen para unas funciones particulares y que cada cultura arqueológica se asocie con un pueblo específico. Estas inferencias, que se refieren al comportamiento humano, difie-

ren sustancialmente de las generalizaciones basadas en observaciones empíricas de las correlaciones entre dos o más categorías de datos arqueológicamente tangibles. En muchos casos, las suposiciones que se derivan del estudio del comportamiento acaban siendo incorrectas, no probadas o engañosas. Debido a la naturaleza de los datos arqueológicos, las generalizaciones de nivel bajo nunca se refieren al comportamiento humano. Desde el punto de vista de este comportamiento, existen regularidades explicables más que explicaciones por derecho propio.

Las teorías de nivel medio han sido definidas como generalizaciones que intentan dar cuenta de las regularidades que existen en múltiples casos entre dos o más conjuntos de variables (Raab y Goodyear, 1984). Las generalizaciones en las ciencias sociales deberían gozar de validez intercultural e igualmente hacer alguna referencia al comportamiento humano. Además, deben ser suficientemente específicas como para permitir ser probadas mediante su aplicación a conjuntos particulares de datos. Un ejemplo de generalización antropológica de nivel medio puede ser la proposición de Ester Boserup (1965) referente a que, entre las economías agrarias, la presión de la población conduce a situaciones que requieren incrementar el trabajo sobre cada unidad de tierra arable con tal de obtener más alimento de cada una de ellas. Esta teoría podría ser arqueológicamente puesta a prueba si los arqueólogos pudieran establecer medidas fiables de los cambios relativos o absolutos de la población, de la intensidad del trabajo y de la productividad de ciertos modelos agrarios, y una cronología suficientemente precisa que permitiese especificar la relación temporal entre los cambios en la población y la producción de alimentos. Llevar a cabo esto requeriría lo que Lewis Binford (1981) llama teoría de alcance medio, la cual intenta utilizar los datos etnográficos para establecer relaciones válidas entre fenómenos arqueológicamente observables y comportamientos humanos imposibles de observar arqueológicamente. Aunque las teorías de «nivel medio» y de «alcance medio» no son idénticas, ya que la primera sólo se puede referir al comportamiento humano y la segunda al comportamiento y a los rasgos arqueológicamente observables, se puede decir que la teoría de alcance medio de Binford es un tipo de teoría de nivel medio. La teoría de alcance medio es vital para probar cualquier teoría de nivel medio relacionada con datos arqueológicos.

Las teorías de nivel alto, o teorías generales, que Marvin Harris (1979, pp. 26-27) etiquetó como «estrategias de investigación» y David Clarke (1979, pp. 25-30) llamó «modelos de control», han sido definidas como reglas abstractas que explican las relaciones entre las proposiciones teóricas relevantes para el conocimiento de las categorías principales de fenómenos. El evolucionismo darwiniano y más recientemente la teoría sintética de la evolución biológica, que combina los principios darwinianos con los genéticos, son ejemplos de teorías generales relativas a las ciencias biológicas. En el ámbito humano, las teorías generales se refieren exclusivamente a la conducta humana; de ahí que no haya

formulaciones teóricas a este nivel que pertenezcan exclusivamente a la arqueología, sino a las ciencias sociales en general. Tampoco existen teorías generales que hayan sido aceptadas universalmente por los científicos sociales como los biólogos han hecho a propósito de la teoría sintética de la evolución. Ejemplos de teorías enfrentadas de nivel alto que han influido en la investigación arqueológica son el marxismo (o materialismo histórico), el materialismo cultural y la ecología cultural. Todas ellas son aproximaciones materialistas y, por tanto, se solapan en ciertos puntos. Aunque las aproximaciones idealistas, como las inherentes a la antropología boasiana a principios de este siglo, están menos elegantemente articuladas que las materialistas, esta orientación todavía inspira una gran parte del trabajo que se hace en las ciencias sociales (Coe, 1981; Conrad, 1981). Estas teorías intentan interrelacionar conceptos antes que dar cuenta de observaciones específicas, por lo que no pueden ser confirmadas o falseadas directamente (Harris, 1979, p. 76). En este sentido, se asemejan a dogmas o creencias religiosos. Su credibilidad puede, con todo, afirmarse o resentirse mediante el éxito o fracaso repetidos de las teorías de medio nivel, que lógicamente dependen de ellas.

Sea como fuere, esta puesta a prueba indirecta no es una cuestión simple. Mientras que muchas teorías de alcance medio pueden utilizarse para la distinción entre formas de explicación materialistas o no materialistas, los científicos sociales muestran una gran ingenuidad al contemplar como excepciones los resultados que no se avienen con sus presupuestos e incluso al reinterpretarlos como una confirmación inesperada de lo que ellos creen. Dada la complejidad del comportamiento humano, el campo para tal gimnasia mental es considerablemente grande. Para los arqueólogos es todavía más difícil la distinción entre las tres posiciones materialistas citadas más arriba. Debido a estas puestas a prueba indirectas, el auge o la caída en la popularidad de las generalizaciones específicas de nivel alto parece estar influido más por los procesos sociales que por el examen científico de sus, por lógica, teorías relacionadas de nivel medio. Entre 1850 y 1945 se ponía un gran énfasis en las explicaciones biológicas, y más particularmente raciales, del comportamiento humano. Las demostraciones científicas, las cuales no venían corroboradas por las explicaciones de este tipo sobre casos concretos, eran incapaces de socavar la extendida fe de los estudiosos en la validez general de las aproximaciones racistas (Harris, 1968, pp. 80-107). A pesar de todo, las teorías raciales se abandonaron casi por completo como explicación científica del comportamiento humano después de la derrota militar de la Alemania nazi en 1945 y la consiguiente revelación de la naturaleza de sus atrocidades cometidas en pro del racismo.

Idealmente, sería posible establecer una relación lógicamente coherente entre teorías de nivel alto, medio y bajo y una correspondencia entre generalizaciones de nivel bajo y medio y los datos observables. En los últimos años, los arqueólogos norteamericanos han debatido arduamente si las teorías de nivel medio deberían derivarse de manera deductiva de las teorías de nivel alto como

un conjunto coherente de conceptos interrelacionados o deberían construirse inductivamente a partir de los datos y de las generalizaciones de bajo nivel. Aquellos que apoyan el punto de vista deductivo arguyen que las explicaciones sobre el comportamiento humano, como algo opuesto a las generalizaciones empíricas sobre éste, sólo pueden formarse al abrigo de leyes establecidas como hipótesis y probadas en conjuntos independientes de datos (Watson *et al.*, 1971, pp. 3-19; Binford, 1972, p. 111). Aquellos que están por un enfoque deductivo persiguen el establecimiento de conexiones explícitas y lógicas entre las teorías de nivel alto y medio. A pesar de todo, generalmente éstos subestiman la naturaleza, sutil, compleja y casi insoluble, de las relaciones entre estos dos niveles. Por otra parte, los hiperinductivistas tienden a enfocar la teoría general como el objetivo último que sólo puede ser contemplado una vez que ha sido establecido un gran corpus de generalizaciones fiables a nivel bajo y medio (M. Salmon, 1982, pp. 33-34; Gibbon, 1984, pp. 35-70; Gallay, 1986, pp. 117-121). Numerosos presupuestos implícitos sobre la naturaleza del comportamiento humano ilustran explicaciones aparentemente sólidas de los datos arqueológicos; por esta razón los conceptos de alto nivel pueden ser ignorados sólo corriendo el riesgo de que otros también implícitos distorsionen las interpretaciones arqueológicas. Las técnicas de construcción de teorías científicas que han tenido más éxito contemplan una combinación de ambos enfoques. En primer lugar, las explicaciones pueden formularse inductiva o deductivamente, pero, sea como fuere, su estatus de teorías científicas depende no sólo de su propia coherencia lógica, interna y con otras teorías aceptadas sobre el comportamiento humano, sino también del establecimiento de una correspondencia satisfactoria entre ellas y otras generalizaciones empíricas cualesquiera, lógicamente relacionadas, y finalmente, de la existencia de un corpus suficiente de evidencia factual (Lowther, 1962).

Los arqueólogos no están de acuerdo con la naturaleza formal de las generalizaciones que tratan de elaborar. En la arqueología norteamericana moderna, como igualmente ocurre en la tradición positivista, se acepta que las leyes han de ser universales por naturaleza. Esto significa que proporcionan afirmaciones acerca de las relaciones entre las variables que se suponen ciertas sea cual sea el período temporal, región geográfica o culturas en cuestión que se estudien. Estas generalizaciones varían en escala desde las asunciones principales sobre procesos históricos hasta regularidades sobre aspectos relativamente triviales del comportamiento humano (M. Salmon, 1982, pp. 8-30). Este enfoque queda ejemplificado por las economías formalistas, las cuales mantienen que las reglas utilizadas para explicar el comportamiento económico de las sociedades occidentales explican el comportamiento de todos los seres humanos. Semejante enfoque justifica las variaciones significativas del comportamiento humano en las diferentes sociedades como el resultado de nuevas combinaciones y permutaciones de un conjunto fijo de variables interactivas (Burling, 1962; Cancian, 1966; Cook, 1966). Las generalizaciones universales

son a menudo interpretadas como reflejo de una naturaleza humana invariable.

Otros arqueólogos mantienen que las leyes generales de este tipo que conciernen a la naturaleza humana son relativamente pocas. Sin embargo, existen un gran número de generalizaciones aplicables sólo a sociedades que comparten el mismo o parecido modo de producción. Esta posición es similar en su orientación general a la de los economistas sustantivistas. En contraste con la posición adoptada por los formalistas, los sustantivistas mantienen que las reglas, y también las formas, de comportamiento económico están fundamentalmente alteradas por procesos evolucionistas (Polanyi, 1944, 1966; Polanyi *et al.*, 1957; Dalton, 1961). El enfoque sustantivista supone que las nuevas propiedades pueden emerger y de hecho emergen como resultado del cambio sociocultural y que la naturaleza humana puede transformarse a consecuencia de ello (Childe, 1947a). Esta distinción entre generalizaciones universales y otras más restringidas podría no ser tan trascendental o absoluta como mantienen los que la han propuesto. Algunas generalizaciones que se aplican sólo a tipos específicos de sociedades pueden ser reescritas en la forma de generalizaciones universales, mientras que las universales pueden ser reformuladas, normalmente con mayor detalle, para que sean aplicables de manera específica a un tipo particular de sociedad. Así, aquellos que ponen de relieve la importancia de las generalizaciones restringidas arguyen que todas o la mayoría de ellas no pueden ser transformadas en generalizaciones universales sin que sufran una importante pérdida de significado y contenido (Trigger, 1982a).

El tercer tipo de generalización es específico de una cultura individual o de un grupo simple de culturas relacionadas históricamente. Un ejemplo sería la definición de los cánones que gobernaban el arte del antiguo Egipto o el griego clásico (Childe, 1947a, pp. 43-49; Montané, 1980, pp. 130-136). Este tipo de generalización es potencialmente muy importante ya que la mayoría de modelos culturales son probablemente de esta clase. Con todo, no se ha hallado ningún procedimiento convincente que permita superar la especulación en la interpretación del significado de tales modelos en el registro arqueológico en situaciones donde no se dispone de documentación histórica o etnográfica suplementaria. En estos casos, las regularidades permanecen en el nivel de generalizaciones empíricas.

## DESAFÍO

La cuestión final es si un estudio histórico puede medir el progreso en la interpretación de los datos arqueológicos. ¿Se realizan avances sólidos hacia un conocimiento más objetivo y global de los hallazgos arqueológicos, como muchos arqueólogos dan por sentado?, ¿o es quizás en gran medida la interpretación de tales datos una cuestión de modas y los logros de un período posterior no tienen por qué ser más objetivos y globales que los de un período

anterior? En el examen de los sucesivos modelos que han influido en la interpretación de los datos arqueológicos, intentaré determinar hasta qué punto la comprensión del comportamiento y de la historia humana ha sido alterada irreversiblemente como resultado de la actividad arqueológica. Es probable que las influencias sociales que dieron forma a una tradición científica pasada se revelen ahora con más claridad después de que las condiciones sociales hayan cambiado, mientras que las influencias actuales son mucho más difíciles de reconocer. Esto hace que las interpretaciones de los datos arqueológicos actuales parezcan más objetivas que las del pasado. Por tanto, las observaciones históricas por ellas mismas no necesariamente distinguen el progreso objetivo de las cambiantes fantasías compartidas culturalmente. Para poder hacer esto, los investigadores de la historia deben tratar de descubrir hasta qué punto esta irreversibilidad está asegurada no sólo por el atractivo lógico de las interpretaciones arqueológicas, sino también por su continuada correspondencia factual con un conjunto de datos cada vez mayor. Si esto puede llevarse a cabo, podemos esperar aprender algo sobre la objetividad o la subjetividad de las interpretaciones arqueológicas; hasta qué punto la arqueología puede ser más que el pasado revivido en el presente, en el sentido que Collingwood define este proceso; hasta qué punto cualquier tipo de conocimiento es comunicable de una época o cultura a otra; y hasta qué punto el conocimiento de la historia de la arqueología puede influenciar la interpretación arqueológica.

Para hacer justicia a estos tópicos, intentaré evitar escribir una historia de la interpretación arqueológica que sea excesivamente expositiva y afanarme por comprender la historia intelectual de cada tendencia principal en su contexto social. Con el objetivo de mantener este libro dentro de unos límites razonables, me referiré más a los trabajos que han contribuido al desarrollo a largo plazo de la interpretación arqueológica que a estudios repetitivos y poco exitosos o a las muchas publicaciones que se han añadido a nuestro conocimiento factual de los restos del pasado. En su estudio sobre la historia de la interpretación de Stonehenge, Chippindale (1983) ha mostrado que los trabajos de estas dos últimas clases constituyen la mayor parte de la literatura arqueológica.